

LA AMANTE DE LOS INSECTOS

ANÓNIMO JAPONÉS DEL SIGLO XII

Traducción del inglés de Eurídice Aguirre



Los Tsutsumi Chuunagon Monogatari (*Cuentos del Consejero Medio Tsutsumi*) son una colección de diez cuentos y un fragmento —el que se publica a continuación— de fines de la época Heian. La obra es fruto de la rivalidad y la cooperación entre los salones de tres mujeres, consortes reales, y la mayor parte de los relatos fueron escritos por damas de la corte. El título es irónico: aunque los héroes literarios de la época solían ostentar el rango de chuunagon, ningún consejero medio aparece en estas historias, con frecuencia paródicas, en las que el mundo masculino —y, en particular, la imagen que los hombres tienen de sí mismos— es visto con humor y con escepticismo. Pero el interés de estas historias, en las que alienta el espíritu del Genji Monogatari de Murasaki Shikibu (parodiado en una de ellas), es menos documental que literario.

Se desconoce el autor —más probablemente: la autora— del cuento que presentamos en estas páginas, traducido de la versión de Arthur Waley.

A.A.

Vecina a la casa de la dama que amaba las mariposas se encontraba la de cierto inspector provincial. Tenía una sola hija, a cuya crianza él y su esposa consagraron un cuidado infinito. Era una muchacha extraña que decía: “¿Por qué la gente hace tanto escándalo por las mariposas y nunca se acuerda de las criaturas de las que surgen las mariposas? La forma natural de las cosas es siempre lo más importante”. Coleccionaba toda clase de reptiles e insectos, como esos que la mayor parte de la gente teme tocar, y los miraba día tras día para ver en qué se convertirían, guardándolos en diversas clases de cajitas y jaulas. Entre todas esas criaturas, su favorita era la oruga común. Hora tras hora, con el cabello echado hacia atrás para alejarlo de los ojos, se sentaría a mirar fijamente la forma negra y peluda que se acurrucaba en la palma de su mano. Se dio cuenta de que a otras muchachas les daban miedo esas mascotas, y sus únicos compañeros eran varios niñitos bastante toscos, que no tenían el menor miedo. Logró que llevaran de un lado a otro las cajas con insectos, averiguaran sus nombres o, si no se podía, ayudaran a darles nombres nuevos. Odiaba todo lo que no fuera natural. Por lo mismo no se qui-

taría un solo cabello de las cejas ni se pintaría de negro la dentadura; decía que era una costumbre sucia y desagradable. Así que mañana, tarde y noche se dedicaba a sus insectos, inclinándose sobre ellos con una extraña sonrisa, blanca y fulgurante.¹ Casi toda la gente le temía y se mantenía alejada. Los pocos que se atrevían a acercarse volvían contando las cosas más extrañas. Si alguien mostraba la menor aversión hacia sus mascotas, ella le preguntaría indignada cómo podía dejarse llevar por un prejuicio absurdo y vulgar; al decirlo miraría fijamente al visitante bajo sus espesas cejas negras, de tal manera que lo haría sentir sumamente incómodo.

Sus padres encontraban todo esto muy raro y hubieran preferido que ella fuera más como los otros niños, pero comprendían que era inútil discutir con ella. Por su parte, la joven hacía grandes esfuerzos para explicar sus ideas, pero lo único que logró fue hacerles sentir que ella era más lista. “Sin duda”, dirían, “todo lo que nos dices es verdad, y por lo que a nosotros atañe puedes hacer lo que gustes. Pero la gente siempre escoge como mascotas cosas lindas y encantadoras. Si llega a saberse que crías orugas peludas te considerarán una muchacha desagradable y nadie querrá conocerte”. “No me importa lo que piensen”, contestaba. “Quiero investigar todo lo que existe y descubrir cómo surgió. Es lo único que me interesa y son muy tontos si les disgustan las orugas, que pronto se convertirán en preciosas mariposas”. Luego volvía a explicarles detalladamente cómo el capullo, que se parece a la ropa gruesa de invierno que visten los humanos, abriga a la oruga hasta que sus alas han crecido y está lista para ser una mariposa. Entonces, súbitamente agita sus alas y se lanza a volar.

Así era, sin duda, y no se le ocurría qué responder, pero de cualquier manera sus opiniones sobre tales asuntos los hacían sentir muy incómodos. Nunca se sentaba en la misma habitación con sus mayores, citando en su defensa el proverbio: “Los fantasmas y las niñas son mejores si no se ven”; y este intento de persuadir a sus padres lo hacía a través de un resquicio de las persianas entreabiertas de la sala. Al oír conversaciones como éstas, los jóvenes del distrito se sorprendían de la profundidad de sus investigaciones. “¿Pero

con qué cosas juega esa niña", decían. "Debe ser muy rara. Visitemos a la chica que ama las mariposas".

Al oír algunas comparaciones poco halagüeñas que se hacían entre ella y la dama de las mariposas, replicó: "No veo nada muy admirable en hacer escándalo por las mariposas. Hasta esos jóvenes deben ya saber que las más bellas mariposas no son sino la muda de criaturas como mis orugas peludas que, igual que la serpiente, cambian de piel. Y las orugas son juguetes mucho más amigables. Por eso cuando uno atrapa una mariposa, se libera tan pronto como puede, dejándonos su polvo dorado en la mano, y este polvo es tan peligroso que con frecuencia causa fiebres y escalofríos. ¡Linda moda de convertir las mariposas en mascotas! Es horrible pensarlo".

A los pequeños que formaban su séquito les obsesaba las cosas lindas que sabía que querían, y a cambio ellos le darían todo tipo de insectos aterradores. Decía que las orugas serían infelices si no hubiera con ellas criaturas que admiraran sus pieles satinadas, y por eso coleccionaba algunos caracoles y también grillos, que con sus gritos incesantes y feroces parecían estar en guerra unos con otros. Entonces recordaba la frase: "¿Para qué pelear por el territorio que media entre los cuernos de un caracol?"² Decía que estaba cansada de los nombres comunes de los niños y llamaba a sus servidores con nombres de insectos como *Kerao* (niño grillo manchado), *Inagomaro* (hombre saltamontes), *Amabiko* (ciempiés), y otros por el estilo. Todo esto era considerado excéntrico y estúpido.

Entre quienes habían oído chismes acerca de la niña y sus extrañas mascotas había cierto joven de buena familia que afirmaba que, aun cuando ella tuviera cariño por las criaturas extrañas, se encargaría de darle un susto. Luego de decirlo hizo una maravillosa serpiente con articulaciones móviles que parecía maravillosamente real, y poniéndola dentro de una bolsa llena de escamas, se la envió con un poema: "Arrastrándome y reptando furtivamente andaré mi camino a tu lado, gracias a mi persistencia³ que es tan infatigable como largo es mi cuerpo". El sirviente que trajo la bolsa no tenía idea de lo que contenía. "Me pregunto qué puede ser", dijo mientras desataba la cuerda— "¡Sin duda es algo bastante pesado!". La bolsa se abrió y, para horror de todos los presentes, una serpiente sacó la cabeza. La dama no se inmutó y luego de repetir algunas veces la plegaria *Namu Amida Butso* dijo: "¡No teman! Recuerden que cualquiera de ustedes pudo haber sido una serpiente en su vida anterior. Miren la expresión bondadosa de su rostro y cómo está temblando ella misma bajo su espalda. ¿Podría haber forma más clara de indicarles que no tengan miedo? Me sorprende que ninguno la entienda. De esta manera murmuró para sí misma y se acercó a la bolsa. Pero a pesar de todo, parecía como si incluso ella tuviera un poco de miedo, se acercaba vacilante a la criatura, y luego se alejaba agitadamente... como una

mariposa nocturna alrededor de una vela, canturreándole todo ese tiempo con una voccecita de insecto.

Al ver a varios de los sirvientes salir precipitadamente de la habitación de su hija, tropezando unos con otros y dando gritos, el padre de la dama les preguntó qué había sucedido, y cuando le mencionaron una serpiente, exclamó con gran consternación: "¡Bonita manera de burlarse de una muchacha! No puedo entender que alguien haga tal bajeza. Linda sarta de bribones, escapar y dejarla así, con una víbora peligrosa en la habitación". Al decir esto, tomó su espada y blandiéndola sobre su cabeza se precipitó al lado de su hija. Pero en el momento en que vio a la serpiente una duda cruzó por su mente y examinándola con atención descubrió que no era sino un juguete muy bien hecho. Levantándola dijo: "Ahora recuerdo que he oído decir a la gente cuán ingenioso es un muchacho para hacer esta clase de cosas. Debes asegurarte de escribirle enseguida y agradecerle su gentileza". Cuando se supo que la serpiente era solamente un juguete, quienes habían huido de ella consideraron que había sido una broma muy tonta. Pero la muchacha estuvo de acuerdo en que sería descortés no responder y tomando una hoja de papel de aspecto delicado, escribió el siguiente poema, no en *hiragana*, que nunca usaba, sino en *katakana*⁴: "Si en verdad estamos destinados a encontrarnos, no será aquí, sino en el Paraíso, tú, taimada imagen de serpiente". Y al lado escribió: "Debes plantar tu semilla en el Jardín de las Bendiciones".⁵

Ocurrió que cierto Capitán de Caballería leyó esta carta y quedó tan impresionado que decidió obtener una entrevista con quien la había escrito. Elijiendo un momento en el que sabía que su padre estaba ocupado en otra parte, se apostó junto a la cerca de bambú desde donde podía ver a la mujer y espía desde ahí. Varios pequeños husmeaban entre algunos matorrales y arbustos de aspecto triste. De pronto uno de ellos gritó: "¡Mira nomás esos arbustos! Están totalmente cubiertos de bichos. Es el mejor lugar que hemos encontrado". Y yendo hacia la ventana jaló la persiana. "Míralas", dijo de nuevo. Puedes verlas desde la ventana. ¡No son las más bellas orugas que hayas visto!". "Sí, no están nada mal", dijo una voz desde el interior. "Puedes traerlas para acá si gustas". "No tengo en qué meterlas", dijo el niño. "Tienes que mirarlas en donde están". De pronto alguien apartó la persiana y una chica apareció en la ventana estirándose hacia las ramas del arbusto más cercano. Se había puesto el manto sobre la cabeza, pero su cabello suelto flotaba por debajo, y era muy hermoso, aunque de apariencia más bien descuidada, por lo que el Capitán pensó que hacía mucho tiempo que no se peinaba. Sus espesas cejas negras le daban a su rostro un aire antipático. Sus otros rasgos no estaban nada mal. Pero cuando sonreía sus dientes blancos brillaban y resplandecían de una manera que más bien le disgustaba, porque había algo salvaje y bárbaro en ello.

"¡Qué triste caso!", pensó el Capitán. "Si sólo se arreglara un poco realmente no se vería fea". Incluso así como estaba no la encontraba carente de atractivo: había en ella una extraña vehemencia, una vivacidad en la expresión, un brillo y un color en la tez que no podía dejar de causarle alguna impresión. En sus ropas mismas no había nada impropio. Vestía un suave manto de brillante seda, con un saco de hilandera y unos pantalones blancos. Para ver bien a las orugas se inclinaba hacia afuera de la ventana, gritando, "¿No son listas?!". Han venido aquí huyendo del sol. Niño, deberías traerme esa de ahí en este momento. Me gustaría verla mejor. Asegúrate de que no se te caiga". En eso el niño se tropezó y la oruga cayó con un golpe sordo sobre la tierra. Entonces ella le tendió un abanico blanco con algunos caracteres chinos escritos con tinta negra, diciendo: "Recógela rápidamente y cárgala en esto".

Sólo en ese momento advirtió al Capitán, que aún se paseaba frente a la cerca de bambú. Ver a alguien ahí era bastante sorprendente, hacía mucho tiempo que los jóvenes de los alrededores habían decidido que ella tenía lo que se llamaba "un carácter desastroso", y era muy poco frecuente en verdad que alguien recorriera ese camino. También el pequeño se había percatado de la presencia del visitante y exclamó con asombro: "Mira, hay un caballero parado frente a la cerca de bambú. No alcanzo a ver lo que está haciendo. Parece estar mirándonos". Luego vino una de las sirvientas y empezó a reprenderla. "Cuánto me avergüenzas", dijo: "Iré directamente con tu padre y le diré que otra vez estás con tus repugnantes insectos, y asomándote por la ventana donde cualquiera puede verte". Pero la chica siguió jugando con las orugas peludas en los arbustos que estaban cerca de la ventana. La sirvienta, a la que le horrorizaban tales criaturas, estaba demasiado asustada para acercarse, pero gritó de nuevo: "Señora, váyase en este instante. Pueden verla". "Bueno, y ¿qué si me ven? No estoy haciendo nada malo". "No estoy bromeando, se lo aseguro", dijo la criada con indignación. "Hay un fino caballero parado frente a la cerca. ¡Aléjese de la ventana ahora mismo!". "Kerao", dijo al fin la muchacha, "ve a la reja y mira si aún hay alguien ahí". Él corrió un tramo hacia la entrada y enseguida exclamó, "Sí es cierto, hay alguien". Así que puso varias orugas en la manga de su saco y regresó al interior de la casa.

Por un instante la vio de cuerpo entero. Era más bien alta. Su cabello flotaba tras ella cuando se movía. Era muy espeso, aunque con las puntas un poco quebradas, sin duda por falta de cuidado. Pero con un poco de atención —él pensó— podría hacerse un buen corte de cabello. Es cierto que no era una gran belleza, pero si se vistiera y se comportara como otras personas podría, estaba seguro, dar una imagen bastante respetable en sociedad. ¡Era una lástima! ¿De dónde había sacado esas perturbadoras ideas que la obligaban a dar ese triste espectáculo?

Sintió que debía hacerle saber, a cualquier precio, que la había visto, y usando la sabia del tallo de una flor como tinta, escribió el siguiente poema en una hoja doblada de papel grueso: "Perdóname porque estuve parado largo tiempo en tu cerca de bambú. Pero no puedo apartar mis ojos de tus pobladas cejas de oruga". Golpeó con su abanico y enseguida uno de los niños salió corriendo para preguntarle qué quería. "Lleva esto a tu ama", le dijo. Pero la sirvienta lo interceptó, y el niño le explicó que el poema venía de un fino caballero que había estado parado junto a la cerca. "Qué desdicha para todos nosotros", gritó la criada, "ésta es la letra del Capitán Fulano de Tal, que es de la Guardia Montada. Y pensar que ha estado mirando el desastre que has hecho con tus nauseabundos gusanos!". Y continuó lamentándose por algún tiempo de la deplorable extravagancia de la muchacha. Al final, la amante de los insectos ya no pudo contenerse y dijo: "Si no te fijaras sólo en las apariencias no te importaría tanto lo que otros piensen de ti. El mundo en el que vivimos no es real, es un espejismo, un sueño. Supón que alguien se ofende por lo que hacemos, o por el contrario, está complacido con ello, ¿al final su opinión significa algo para nosotros? Pronto, tanto él como nosotros ni siquiera parecerá que hemos existido".

Para entonces algunos de los sirvientes más jóvenes se habían reunido en torno suyo. Encontraban su razonamiento difícil de refutar, pero secretamente sentían que ese era un panorama de la vida muy desconsolador. No era probable que ella enviara una respuesta, pero el Capitán todavía esperaba en la puerta y los pequeños, que habían sido llamados nuevamente a la casa, dijeron que el caballero se veía muy desdichado, por lo que todos la apremiaron a escribir algo, y con renuencia ella envió el poema: "Por medio de ésta puede conocer la extrañeza de mi humor. Si no me hubiera llamado *Kawamushi*,⁴ no habría respondido". A lo que él contestó: "En todo el mundo, me temo, no existe hombre tan delicado que pueda acordar su vida a las puntas de unas cejas de oruga". Luego, se fue riendo rumbo a su casa.

¿Lo que ocurrió después aparecerá en el segundo capítulo!⁵

NOTAS

¹ Debido a sus dientes sin pintura negra.

² De una de las cinco canciones de taberna escritas por el poeta chino Po Chüi, aproximadamente en 829.

³ Persistencia es "dimensión del alma" (*kokoro-nagasa*) en japonés.

⁴ Una rotunda, poco elegante, pero eminentemente "sensata" forma de silabario, que en la actualidad se utiliza para telegramas, etc.

⁵ La serpiente, mediante buen comportamiento, debe conseguir renacer en una encarnación más digna.

⁶ Oruga peluda.

⁷ El segundo capítulo no existe. ♣